

*Este relato ha sido enviado por cuatro hermanos residentes en Madrid. Su padre, gran aficionado a la historia, investigó durante muchos años la participación de sus antepasados en diversos acontecimientos históricos. Sobre la base de los datos obtenidos, redactó un conjunto de narraciones que describen como su familia estuvo involucrada en buena parte de los hechos políticos y campañas militares de la Guerra de la Independencia.*

*El grado de parentesco entre los protagonistas de las narraciones y los hermanos que las han remitido aparecen mediante notas a pie de página distribuidas a lo largo del texto, igualmente figuran la bibliografía y las referencias de los diferentes archivos consultados.*

## **Cádiz. Mayo y junio de 1808**

El 4 de mayo de 1808 unos grandes carromatos recorren lentamente las calles de la capital de España. En su interior se acumulan algunos de los cuerpos de los patriotas muertos en las luchas callejeras sucedidas dos jornadas atrás. Pocas personas habían osado, hasta entonces, recoger los cadáveres de sus parientes y amigos caídos por miedo a las desafiantes patrullas francesas que merodean por toda la ciudad.

Hace ya muchas horas que los habitantes de Madrid escucharon atemorizados los estampidos de los pelotones de fusilamiento que actuaban en las tapias del Retiro, el Paseo del Prado y la Montaña del Príncipe Pio. Algunos de los reos que han sido ejecutados son los que fueron hechos prisioneros por los franceses en los combates del Dos de Mayo. Además, el número de los condenados a la última pena se ha visto engrosado tras los registros realizados, en plena calle, buscando poseedores de armas y las inspecciones de las viviendas desde las cuales se lanzaron piedras y objetos contundentes contra los franceses en el curso del combate.

El mariscal Murat, lugarteniente del Emperador francés en España, ha asumido, por su cuenta y riesgo, la presidencia de la Junta Superior de Gobierno. Este órgano quedó constituido con el objeto de regir los destinos de nuestro país mientras el ausente Fernando VII negociaba en la ciudad francesa de Bayona. En virtud de este acto, el mariscal francés acapara de derecho el poder ejecutivo que sus fuerzas militares ya ostentaban por la vía de hecho en amplias zonas de España. Sus primeras medidas de gobierno se han dirigido a exigir, con extrema urgencia y bajo serias amenazas, que las autoridades españolas tranquilizaran al pueblo y conservaran el orden público.

Algunas jornadas después llegaron noticias de Bayona. El joven rey Fernando VII ha renunciado al Trono en favor de su padre Carlos IV, y éste designa a Murat como teniente general del Reino y su representante en España. El día 10 de mayo el Consejo de Castilla difunde la noticia entre las provincias y pueblos de nuestra nación.

De forma paralela y menos oficial, se extienden por todo el país diversas informaciones sobre lo sucedido el 2 de mayo en Madrid, a través de cartas enviadas por residentes en la capital a sus amigos y familiares de provincias y mediante los relatos de las personas huidas de la Corte. Por otra parte, el bando de los alcaldes de Móstoles siembra

un reguero de indignación al ser difundido por toda Extremadura y Andalucía. A pesar de esta inicial inquietud, transcurrieron tres semanas de relativa calma durante las cuales parecieron tener éxito las llamadas a la concordia emanadas de las autoridades españolas y francesas.

La auténtica sublevación general comenzó sobre el 23 de mayo cuando se leyó, en las capitales de provincia, la gaceta oficial del 20 de ese mes que contenía la renuncia a la Corona de los reyes en favor de Napoleón.

Las ciudades de Cartagena y Valencia fueron pioneras en tal sentido, levantándose en favor de Fernando VII el día 23 y estableciendo juntas representativas que asumían transitoriamente la Soberanía Nacional. Tales actitudes, acompañadas de algunos asesinatos o encarcelamientos de las autoridades indecisas y de los súbditos franceses, fueron generalizándose en la práctica totalidad del territorio nacional entre el 24 de mayo y el 3 de junio de 1808. De esta forma, el dominio francés únicamente prosiguió en aquellas ciudades o pueblos donde permanecían contingentes importantes del ejército imperial. Madrid, Aranjuez, El Escorial, Toledo, Aranda y Burgos, en Castilla, Vitoria y San Sebastián, en el País Vasco, Pamplona en Navarra, y Figueras y Barcelona, en Cataluña, permanecieron forzosamente fieles al gobierno afrancesado de Madrid.

La ambición desmedida de Napoleón Bonaparte en poseer nuevos territorios y su intento de forzar el bloqueo continental que había dictaminado contra el comercio de la Gran Bretaña, le condujeron a enfrentarse a la nación española levantada en armas. El pueblo hispano, orgulloso de su independencia y heredero del que había dominado el mundo en los siglos XVI y XVII, se defendió contra el ejército mejor preparado de Europa con una heroica obstinación que originó una guerra que habría de durar seis años y que, en buena medida, ocasionó la caída del Emperador francés.

El propio Bonaparte reconocía el serio obstáculo que para sus planes supuso la guerra de España al denominarla: "la úlcera española". Exiliado en la Isla de Santa Elena, muchos años después, añadiría que: "no pensé que costara tanto cambiar el sistema de un país con un ministro corrupto, un rey débil y una reina disoluta y desvergonzada".

Volviendo a la primavera de 1808, en la mañana del 28 de mayo, el general José Ignacio Álvarez de la Campana<sup>1</sup> se encuentra en la azotea de su domicilio gaditano. Instalado en esa ventajosa posición contempla la ciudad y su bahía, ensimismado en los graves pensamientos que, últimamente, le acosan noche y día.

Hombre de acción, acostumbrado desde los dieciséis años a duros combates, no alcanza a comprender las crónicas que insisten en afirmar que los monarcas españoles se hallan secuestrados por Napoleón en Bayona, que el pueblo de Madrid ha librado una batalla campal contra las tropas francesas y que los llamamientos a la sublevación contra el

---

<sup>1</sup> Abuelo séptimo.

Gobierno constituido recorren toda la Península Ibérica. Aunque Álvarez de la Campana es natural de Veracruz, ciudad perteneciente al virreinato de Nueva España, ha residido desde siempre en Cádiz. Aquí ha ejercido importantes cargos y misiones; coronel del regimiento de Córdoba, héroe en el rescate de naufragos de la batalla de Trafalgar, etc.<sup>2</sup> Se trata sin duda de una persona muy conocida y respetada por el vecindario. Desde el año 1807 desempeña el puesto de teniente de rey de la plaza de Cádiz, destino muy comprometido al tratarse de una ciudad bloqueada por la flota inglesa y expuesta en cualquier momento a un desembarco o sitio que podría convertirla en un segundo peñón de Gibraltar.

Ayer llegaron mensajeros, procedentes de Sevilla, que afirman representar a una Junta Suprema de Gobierno de España e Indias, ubicada en aquella ciudad, que se considera depositaria de la Soberanía Nacional en ausencia del rey legítimo. En consecuencia esta junta no obedece los bandos y órdenes emanadas de las autoridades de Madrid, por medio de los cuales gobierna el mariscal Murat en tanto en cuanto el Emperador de los franceses designe al nuevo príncipe que debe sustituir en el Trono a los borbones hispanos.

Los sevillanos pretenden que Cádiz y los ejércitos nacionales que acampan en sus proximidades se sumen al alzamiento. Con tal propósito, unos representantes de la junta van a entrevistarse esta misma tarde con su superior jerárquico, el capitán general Francisco María Solano, marqués del Socorro y de la Solana, uno de los generales más capaces y jóvenes del Ejército Español.

El patriotismo de José Ignacio Álvarez de la Campana le impulsa a desear la rápida sublevación contra los franceses, pero su conocimiento, por el cargo que ocupa, de la situación militar de Cádiz le hace ser más indeciso. Allí al fondo, en la bahía, se observan los buques de las escuadras española y francesa que se encuentran fondeadas en Cádiz desde el año 1805. Durante todo este tiempo, Álvarez de la Campana ha trabado amistad con muchos de los oficiales franceses y le cuesta gran esfuerzo convertirlos, de la noche a la mañana, en enemigos. Por otro lado, allá en la lejanía y aunque la vista no alcance a divisarlos desde esta azotea, acechan los navíos ingleses del vicealmirante Purvis, los tradicionales enemigos que bloquean Cádiz desde hace muchos años y que ahora parecen ser aliados. Es difícil, en verdad, cambiar en tan pocos instantes las convicciones de toda una vida.

Sus nociones de estrategia le indican que, encontrándose mezclados en la bahía y sin posibilidad alguna de maniobrar los barcos españoles y franceses de los almirantes Ruiz de Apodaca y Rosily, se podría originar, en caso de sublevación, una auténtica catástrofe que conduciría a la total destrucción de la flota que había sobrevivido a la derrota de Trafalgar.

Por otra parte, la dejadez del gobierno central en los últimos años del reinado de Carlos IV había desabastecido de pólvora y convertido en

---

<sup>2</sup> Expediente de José Ignacio Álvarez de la Campana. Legajo A-722. Archivo General Militar de Segovia. Legajo 2.650. VIII. 58. Guerra Moderna. Archivo de Simancas.

inservibles a muchas de las baterías costeras que protegían la ciudad, circunstancia por la cual la población se encontraba inerme ante un eventual bombardeo de los cuatrocientos cuarenta y dos cañones de la flota francesa. Estas preocupantes consideraciones, tan dignas de ser tenidas en cuenta, son ignoradas por los grupos vociferantes que recorren exaltados las calles exigiendo el inmediato levantamiento en armas de Cádiz.

A primeras horas de la tarde, Solano dialoga con el conde de Teba, principal emisario de la Junta de Sevilla, en un salón de la capitania general. Hasta esa dependencia asciende el ensordecedor griterío de las turbas dando vivas a Fernando VII y pidiendo la rápida rendición de los navíos franceses. Tras corta discusión, el capitán general convocó una Junta de Generales para deliberar sobre las medidas a adoptar.

Acudió José Ignacio Álvarez de la Campana a la sede de la capitania. Durante el trayecto observó gran agitación en las calles y miradas de desconfianza hacia su uniforme. Una vez hubo llegado, se reunió con Solano y los demás generales que evaluaron las ventajas e inconvenientes de la sublevación. Tras largo debate se decidió, finalmente, proclamar un bando poco comprometido permitiendo el alistamiento de voluntarios para defender la plaza frente a los franceses o los ingleses.

La lectura del bando agitó todavía más a los exaltados, adoptándose actitudes que empezaron a presagiar un desenlace dramático. Solano habló a la multitud, al objeto de apaciguarla, prometiendo reunir una nueva junta el día siguiente con la finalidad de estudiar más detenidamente las exigencias populares. A pesar de ello, la algarada popular se alargó durante toda la noche, siendo asaltada la vivienda del cónsul francés, que hubo de ocultarse en uno de los buques de su nación. De la misma manera y con la colaboración de la propia guardia, fue saqueado el Parque de Artillería, siendo repartidos fusiles y cañones entre los amotinados más fanáticos.

Nada más despertarse, Álvarez de la Campana se viste para acudir a la comprometida reunión de generales que había sido convocada. La gran confianza que tiene con Solano le hace conocer la profunda aversión que éste siente por los motines populares. No duda, ni por un momento, del patriotismo de su amigo y superior, pero sabe que éste es partidario decidido de un alzamiento organizado y racional del Ejército, sin dejarse llevar por el populacho armado. Teme, en consecuencia, que la cauta manera de actuar del capitán general provoque una tragedia peor que la pretende evitar con su obstinación en no proclamar oficialmente el levantamiento.

Tras reanudarse la junta de generales, se acuerda acceder a las iniciativas populares, comenzando negociaciones con los ingleses y haciendo los preparativos militares imprescindibles para la sublevación. Pero el bando que inicia formalmente el alzamiento se deja preparado encima de la mesa del capitán general listo para ser publicado en las calles de Cádiz en el momento que se considere oportuno. La negativa de Solano a dar explicaciones al pueblo sobre la situación militar y las

decisiones adoptadas es tajante, a pesar de los consejos de sus subordinados. El bando que es dado a conocer afirma únicamente que "las circunstancias no permiten declarar la guerra a los franceses".

La ira de la multitud no conoce límites al leerse la proclama. Algún agitador corre el bulo de que el capitán general va a dirigir la palabra desde el edificio de capitania, en la plaza del Pozo de las Nieves. Un gran gentío se agolpa en sus proximidades. Allí mismo, un orador improvisado excita al pueblo con sus encendidas palabras. Solano, que desde el interior de su despacho escucha el alegato, se siente obligado a rebatir los argumentos y aparece en el balcón iniciando un discurso que los asistentes ahogan con sus voces. Desesperado, hace ademán de señalar la lejanía donde se encuentran los barcos ingleses. La multitud le responde: "Esos no son nuestros enemigos, son nuestros amigos".

En ese momento, un centenar de hombres armados se acerca por la alameda. La guardia, mandada ese día por José de San Martín, futuro libertador de la Argentina, no acierta a intervenir. El capitán general se da cuenta de que está perdido cuando los soldados que debían defenderle disparan al aire, para no comprometerse, mientras los exaltados penetran en la vivienda. Solano huye aprovechando la circunstancia de que los amotinados se entretienen destruyendo el mobiliario de su casa y sus documentos y se acoge en el domicilio de un amigo irlandés llamado Strange. La señora Strange le esconde en una cámara secreta, burlando el primer registro de los exaltados.

Desgraciadamente, entre los perseguidores se encuentra el habilidoso constructor de la estancia oculta, el cual, sospechando la realidad, descubre al general. Demostrando arrojo hasta el final, Solano se defiende de sus captores logrando lanzar al vacío a un novicio de la Cartuja de Jerez, que muere en la caída.

El capitán general, herido y maniatado, es conducido por las turbas hacia la plaza de San Juan de Dios, lugar donde va a ser linchado. Altivo y con una sonrisa de desprecio en los labios, Solano hace gala de su proverbial sangre fría durante el camino hacia el suplicio. Los exaltados le insultan y golpean, pero no consiguen amedrentar al reo, circunstancia que les enfurece soberanamente.

Carlos Pignatelli, buen amigo del general, desea evitarle la humillación de ser ajusticiado como un delincuente común. Por eso, y viendo que le acababan de acuchillar, aprovechó el tumulto para traspasarle el corazón de una estocada mientras exclama: (muerte al traidor! Su destreza con el arma blanca evitó al marqués del Socorro los últimos sufrimientos y vejaciones que le quería deparar la multitud enardecida.

El pueblo, no satisfecho con su muerte, deseaba colgar el cadáver. Solamente la intervención de un sacerdote famoso por sus virtudes, el magistral Cabrera, logró rescatar el cuerpo de las iras del populacho.

La revuelta siguió aumentando, desatándose las iras populares contra los funcionarios de la Real Hacienda y los prestamistas, mientras se abrían las puertas de la cárcel. Los esfuerzos de Álvarez de la

Campana y sus compañeros militares, reunidos en una nueva junta, no consiguieron dominar a las masas revolucionarias.

Finalmente, fray Mariano de Sevilla se ofreció a los generales para apaciguar al pueblo. La comunidad de capuchinos salió a la calle en procesión portando un gran crucifijo. El fraile se dirigió a la multitud, encarándose con los cabecillas más contumaces. Sus palabras sobre lo disparatado de aquella revuelta y las invocaciones a Jesucristo y la Virgen consiguieron que las aguas volvieran a su cauce.

El general Tomás de Morla sustituyó inmediatamente al marqués del Socorro en la capitania general. Aleccionado por la triste suerte de su antecesor, firma sin dilación el bando, que se encontraba encima de la mesa del despacho del difunto, por el que se declara la guerra a los franceses. Publicado el mismo, se producen las más encendidas aclamaciones populares.

José Ignacio Álvarez de la Campana asume en aquellos difíciles momentos el mando militar de Cádiz<sup>3</sup>. Consternado por la muerte de su superior y amigo, empieza a adoptar las medidas militares necesarias para la defensa de la ciudad. Aquí no basta con declarar pomposamente las hostilidades a Francia y organizar un desfile, sino que hay que luchar inmediatamente contra los navíos de guerra situados en el interior de la bahía gaditana. Las primeras actuaciones se encaminan a artillar los fuertes y organizar varios cuerpos de voluntarios, cazadores, artilleros y milicias urbanas.

Mientras, Tomás de Morla difunde un nuevo bando que da noticias de la constitución de una junta, semejante a las creadas en la mayoría de las provincias españolas, que reconoce la autoridad de la Junta Suprema de Sevilla. Solemnemente se procede a jurar como rey a Fernando VII y se hacen rogativas públicas por la victoria.

Entre tanto, la escuadra francesa observa con preocupación los preparativos que se efectúan en los baluartes de Cádiz. A una orden del almirante Rosily, embarcado en el navío Héroe, las unidades navales galas se retiran a las zonas de la bahía menos batidas por la artillería de costa, entremezclándose aun más con los buques españoles.

El capitán general Morla negoció con los ingleses, firmando un armisticio que ponía fin a las hostilidades con Gran Bretaña, obteniendo de éstos el bloqueo de la boca de la bahía y el envío a Cádiz, vía Gibraltar, de cuatrocientos barriles de pólvora que pudiesen alimentar, en caso de necesidad, los cañones que apuntaban hacia los navíos franceses.

Álvarez de la Campana, nombrado vocal de la junta, prosigue su labor de preparación militar de la plaza ordenando la reparación de las armas que se encontraban inservibles en el Parque de Artillería de Cádiz. Por aquellos días se produce, además, la partida de las unidades militares que ha estado organizando, las cuales, unidas al ejército regular del general Castaños, se van a enfrentar a los tropas francesas

---

<sup>3</sup> Expediente de José Ignacio Álvarez de la Campana. Legajo A-722. Archivo General Militar de Segovia. Legajo 2.650. VIII. 58. Guerra Moderna. Archivo de Simancas.

que, al mando de Dupont, se dirigen desde Madrid con el propósito de socorrer a la escuadra de Rosily<sup>4</sup>.

Los españoles intimaron en varias ocasiones al almirante Rosily para que se rindiera. Éste rechazó, sin embargo, las propuestas durante los primeros días de junio, confiando en la llegada del apoyo terrestre que le debía liberar de su desesperada situación. En las jornadas siguientes se desvanecieron sus esperanzas al comprobar que no sólo no llegan los prometidos socorros sino que, además, la escuadra inglesa que espera en la boca de la bahía es cada vez más numerosa y los cañones españoles están prestos a ser utilizados, tanto desde Cádiz como desde los buques hispanos. Por todo ello, Rosily decidió rendirse el 14 de junio de 1808.

Una proclama de Morla comunica al pueblo de Cádiz la buena noticia: "Gaditanos, la escuadra francesa, al mando del almirante Rosily, acaba de rendirse a discreción, confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español".

En consecuencia, 3.676 marinos dejaron de prestar servicios al emperador Napoleón, siendo aprendidos cinco navíos y una fragata de guerra, 442 cañones, 1.651 quintales de pólvora, 1.429 fusiles y 1.096 sables que pasaron a engrosar el armamento de los necesitados ejércitos españoles<sup>5</sup>.

José Ignacio Álvarez de la Campana siguió contribuyendo de una manera muy destacada en los meses que siguieron a la creación y sostenimiento de las fuerzas militares que luchaban contra las tropas napoleónicas. De esta forma, intervino en la construcción de cinco mil uniformes, requisas de caballos, establecimiento de talleres para monturas y reparación de millares de armas que permanecían inútiles en el parque de Cádiz. La Junta Suprema Central le nombró, en enero de 1809, jefe del estado mayor del Ejército de Reserva de Andalucía y le confirió la dirección de los almacenes de vestuario que abastecían a todos los ejércitos españoles, sirviendo en doce meses diecisiete mil doscientos uniformes completos<sup>6</sup>. En agradecimiento por estos servicios, el 17 de mayo de 1809 fue ascendido al empleo de mariscal de campo.

---

<sup>4</sup> Expediente de José Ignacio Álvarez de la Campana. Legajo A-722. Archivo General Militar de Segovia. Legajo 2.650. VIII. 58. Guerra Moderna. Archivo de Simancas.

<sup>5</sup> La descripción de los sucesos de Cádiz durante mayo y junio de 1808 se basa en los libros: Guerra de la Independencia. Servicio Histórico Militar. Juan Priego López. Madrid. 1989 y La Guerra de la Independencia Española. Ramón Solís. Barcelona. 1973.

<sup>6</sup> Vestuario Guerra Independencia. Sección de Estado. Archivo Histórico Nacional.